

**Silvia Plager**

**La baronesa de Fiuggi**

**Ediciones Simurg  
Buenos Aires  
1998**

## **Índice**

Capítulo I / 11
Capítulo II / 27
Capítulo III / 49
Capítulo IV / 67
Capítulo V / 81
Capítulo VI / 107
Capítulo VII / 171
Capítulo VIII / 231
Capítulo IX / 283
Capítulo X / 319

## CAPÍTULO I

“Sólo grabándose en los ojos el rostro sin nariz de Ikansai o Norishige hasta quedar satisfecha, y no simplemente matándolos, podría exorcisar la escalofriante pesadilla que cada noche le amenazaba el sueño.”

Junichiro Tanizaki

El límite del mundo estaba en Albergue y Casa de té Dorotea. Lo supe apenas traspuse el umbral. Y me quedé.

Esa mañana, con las imágenes de lo soñado anteponiéndose a la idea de prepararme el desayuno o realizar otra tarea cotidiana, salí a la calle. Hacía un frío de sábana de hilo almidonada, crujiente y oloroso. Caminé buscando en las esquinas el borde incontaminado por el calor del cuerpo. Fue inútil. Mi cuerpo, con ese ardor de criatura afiebrada que ve en sus alucinaciones la representación de lo real, tenía la insolencia de contaminarlo todo.

Un grupo de turistas se fotografiaba a las puertas del hotel más importante de la ciudad con esa expresión conjunta de algarabía que imita a la felicidad; yo, para recordar que no se deben desdeñar las máscaras, ordené mis pelos alborotados, me distendí, y cuando obtuve esa imitación de Buda que proponen los profesores de yoga, crucé la avenida costanera.

Entré en el muelle con el propósito de demostrarme a mí misma que hay construcciones, puertos, desembocaduras y que, tarde o temprano, se arriba a alguna parte.

Yo había arribado a Albergue y Casa de té Dorotea de la mano de Lidia, el mismo día que Clelia y su marido me la presentaron.

“¿Vos tenías que ir a Puerto Montt? Te llevo”, propuso Lidia después de cenar. Recuerdo las protestas de mis anfitriones, y mi vacilación. La comida había estado deliciosa, como de costumbre, y como de costumbre ardían leños en la chimenea. Pero después sobrevendría ese silencio poblado de enigmas y alimañas, y la sensación de estar nuevamente dentro de la pesadilla. En la ciudad, aunque estuviese lejos de Buenos Aires, los sonidos volverían a resultarme reconocibles.

Clelia, vecina y amiga de la infancia, me había invitado a pasar una temporada en el sur de Chile con la promesa de que ahí, yo cambiaría el alma.

El nuevo amor de Clelia tenía esposas e hijos dispersos por el mundo. Por ese hombre Clelia vendió el restaurante que hasta ese momento fuera su mayor orgullo, y se marchó de “Bi Ei” —ella solía llamar así a la capital de Argentina— con el espíritu de quien va a realizar un acto heroico.

La pareja de mi amiga, un gigante desprolijo que despreciaba con igual constancia a los políticos y a los ignorantes de los placeres de la buena mesa, solía tocar la guitarra con expresión apasionada. No era descabellado presumir que tal apasionamiento encontraba mayor inspiración en lo imaginado que en lo tangible. Pero Clelia, como toda mujer enamorada, creyó ser la musa.

Al subir al auto que nos llevaría a Lidia y a mí a Puerto Montt, ahogué un grito de liberación que mis anfitriones, tal vez, no merecían. Aunque aquello de jugar a los ermitaños y al mismo tiempo proyectar una hostería cinco estrellas que ofrece aislamiento, platos no convencionales y buena caza a

turistas ricos, era una manera poco convincente de cambiar el alma. Por lo menos, para lo que yo entendía en aquel entonces por cambio.

El pacífico volcán Osorno, como todo dios hecho a medida, parecía haber sido creado para mi temor y disfrute. Contemplándolo desde el muelle me pregunté con qué entretendría él su alma de fuego. Yo había comenzado a entretener la mía durante el largo viaje en autobús en el que gracias al pisco y al paisaje no cansé de repetirme que en el sur de Chile a cualquier persona, y con sólo mirar hacia afuera, se le daba vuelta la vida.

En el hotel de Santiago había probado por primera vez el pisco souer. “Limón, azúcar, hielo, y pisco”, me explicó el barman con un ademán que acentuaba lo simple de la fórmula. Entonces había pensado que combinar unos pocos elementos y obtener éxito, no era fácil. Y seguía pensándolo. ¿Acaso había hecho otra cosa que intentarlo? Aquel muchacho que atendía el bar actuaba igual que mi profesor de teatro: dos o tres indicaciones que contemplándolas parecían una nimiedad, y después, si uno deseaba imitarlo, el fracaso. “Es una pena, Carola, utilizás la voz de maravilla, pero sos de madera.” Y sí, yo era de madera. Quizás por eso armonizaba con los cercos, tiestos y chimeneas, que corrían del otro lado de la ventanilla.

En lo de Dorotea, cuando se realizó la primera fiesta, aprendí que yo, y mi voz, debíamos cumplir nuestro destino.

Dorotea: “Esta noche vendrán clientes japoneses. Carola se encargará de servir las bebidas. Germán y el camarero se ocuparán de la comida. Las otras animarán. Todo tiene que salir perfecto.”

Lidia: “No preguntes, Caro. Mirá y aprendé. Así aprendí yo. Así aprendió Margarita. Así aprendió Germán. Así aprendimos todos.”

Germán: “Si ella no se considera capaz, que ayude en la cocina. Ahí también hace falta gente.”

Dorotea: “Ya he dicho lo que tenía que decir: Carola servirá las bebidas. Ella tiene que aprender.”

Yo, Carola Themis, quería aprender. Pero estaba asustada.

Algunos hablaban castellano con dificultad, otros esperaban que el que los acompañaba oficiara de traductor. Dorotea, ademanes elegantes y una obsequiosa mueca deformándole la boca, recorría el salón con mirada atenta. Yo, ajustada en mi vestido de seda negra, escanciaba vino, whisky, pisco, champagne... Ninguno me rozó ni se permitió una vulgaridad. Me observaban con curiosidad, como si fuesen espectadores aguardando la escena culminante. Ya en los postres, comprendí que todos formábamos parte de la actuación.

Cuando escucharon los primeros acordes de una canción de tonos agudos y disonantes, los hombres de ojos oblicuos comenzaron a aplaudir. Pensé en el fondo musical de películas chinas y japonesas —me costaba establecer diferencias— y pensé: ¿ahora, qué?

Lidia, Margarita y Vanesa, ataviadas con quimonos, subieron a una tarima y comenzaron a moverse. Los abanicos, las medias gruesas y los peinados altos, completaban el disfraz.

Uno de los comensales había traído de regalo un botellón y tazas. “Sake”, dijo, e hizo una seña. Dorotea me ordenó servir. Al rato se servían solos.

Carola, caíste en un prostíbulo, pensé. Y le hice un comentario al camarero. El me contempló con asco y lástima:

—La señora Dorotea jamás lo permitiría, este es un lugar distinto, sólo los necios no entienden.

A Germán no le caí bien desde el primer momento. “No es con vos, es con los argentinos”, había dicho Lidia.

Lidia, con mímicas, hacía de cantante. Margarita y Vanesa revoloteaban a su alrededor. Sobre los abanicos, aleteaban las pestañas postizas como insectos moribundos.

Dorotea, con el aire distraído de quien va a comentar el tiempo, me dijo por lo bajo:

—Si no cambiás esa tonta expresión de tu cara...

Mi reacción habitual hubiese sido tirarle a la cara la servilleta, hacer la valija y mandarme a mudar. Pero me asaltó la imagen de la esposa del samurai que acata las órdenes con la mirada gacha. Entonces adopté la cara que supuse adecuada para mi papel. Dorotea asintió con un parpadeo y se fue a cumplir con sus labores de dueña de casa.

En la blancura de las caras se destacaban el tajo, el corazón o el capullo que cada una había logrado con el lápiz labial. Pensé que la luz amarillenta era para darle mayor verosimilitud a la escena; unos minutos después comprendería